

Bujarin vuelve de la tumba

Caballero, Manuel

Manuel Caballero: historiador, ensayista y periodista venezolano. Autor - entre otros libros - de *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, editado por NUEVA SOCIEDAD en 1987. La versión inglesa de la misma obra había sido publicada en 1986 por Cambridge University Press. Ex-director de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela. PhD por la Universidad de Londres. Premio nacional de periodismo.

Al rehabilitar póstumamente a viejos dirigentes bolcheviques hechos fusilar por Stalin en los años 30, el actual líder soviético Mijail Gorbachov no sólo intenta corregir monstruosas perversiones judiciales e históricas, sino que también - aunque no lo diga - rescatar la vigencia de ciertos postulados políticos de los ejecutados. El caso más notable es el de Nicolás Bujarin. Sus advertencias sobre el Super-Estado que verá levantarse en la URSS, que aplastaría toda iniciativa en la base social, sus estudios sobre el mercado en el socialismo, su concepción de la alianza político-social, reaparecen en documentos actuales del PCUS. La recuperación de la figura de Bujarin, y de otros prominentes ajusticiados, sin embargo, ha servido más que nada para que la sociedad soviética inicie un autoexamen a fondo sobre los horrores vividos - y tanto tiempo silenciados - bajo eso que se continúa llamando aún "dictadura del proletariado". Este artículo analiza ambos aspectos de la reivindicación de Bujarin, mencionado alguna vez como posible sucesor de Lenin.

Treinta y dos años después de que Nikita Jruschov denunciara en un informe secreto ante los delegados al XX Congreso del Partido Comunista los crímenes de Stalin, Mijail Gorbachov propone levantar en Moscú un monumento a sus víctimas. El largo hiato de tres décadas entre una y otra propuesta de revisión de la historia, como paso previo a la revisión de la política, señala la profundidad de las tensiones y de las resistencias que han provocado. La era de Brejnev es calificada ahora en Moscú como la del "estancamiento"; la del mantenimiento del statu quo,

lo cual de hecho marcó un retroceso en la marcha de la sociedad soviética hacia esa democratización que hoy proclaman los dirigentes del Kremlin como su objetivo.

Dentro de esta nueva actitud soviética se inscribe la rehabilitación de algunos viejos bolcheviques fusilados por Stalin. Las noticias hablan de la reivindicación de Zinoviev, Kamenev y Radek. Antes, se había producido la más importante de todas, la de Bujarin. Decimos la más importante de todas, porque en los tres primeros casos se trata de rehabilitaciones penales. Acto inútil, pues éste es uno de esos momentos en los cuales se puede decir de los jueces lo que Cervantes dijera de los médicos: que su oficio les permite esconder sus errores bajo tierra. En el caso de Bujarin, se trata de una rehabilitación penal, pero también de una rehabilitación histórica. Por sobre todo, aunque esto todavía no se atreva a reconocerlo Gorbachov, se trata de una rehabilitación política. Ella se ha dado en los hechos: como el monsieur Jourdain de Moliere Gorbachov está haciendo bujarinismo sin saberlo. Creemos posible demostrar que sí lo sabe, y a eso dedicaremos la segunda parte de este ensayo.

Los que vuelven de la tumba

Pero antes de hacerlo, veamos quienes son los actuales "rehabilitados", cuál es la significación de ese acto póstumo; y qué consecuencias políticas han tenido antes acciones similares, y cuáles pueden tener ahora.

Cuando Jruchov leyó su sensacional discurso secreto de 1956, recordó una cifra que produjo (decían sus sucesivas ediciones), "indignación en la sala", como si alguno pudiese haberlo ignorado: que de 139 miembros plenos y suplentes del Comité Central electos en 1934 por el decimoséptimo congreso del Partido Comunista 98 habían sido arrestados y fusilados (aunque la oración es ambigua se concluía que todos los arrestados fueron fusilados). ¡Nada menos que el setenta por ciento!

En su informe, Jruschov nombraba varias de esas víctimas de Stalin y anunciaba su rehabilitación póstuma. Pero se trataba de militantes de segunda fila, casi todos estalinianos probados, que habían ayudado a Stalin a asumir el poder absoluto, y que eran prácticamente desconocidos fuera de las fronteras soviéticas: Eqikhe, Kossior, Chubar, Postichev, Kosariev "y otros". Más tarde, en la Pravda se anunciaron dos rehabilitaciones más importantes: las de Antonov-Ossenko, el héroe de octubre que había dirigido la toma del Palacio de Invierno, y que después había sido enviado a cumplir peligrosas tareas durante la guerra civil española; y Bela Kun, el dirigente

de la Comuna húngara de 1918, un estaliniano convicto y confeso de quien por lo demás no se sabía que hubiese sido fusilado.

Luego, nada más. Con Brejnev, si bien las rehabilitaciones penales siguieron presumiblemente su curso, nunca más se habló de rehabilitaciones políticas, mucho menos históricas. Y el anuncio hecho en Moscú, en este 1988, casi en los días de la XIX Conferencia del PCUS, indica que tampoco habían seguido las rehabilitaciones penales de los líderes históricos del bolchevismo. Pero por primera vez desde hace medio siglo, se pronuncian en la URSS sin intención deprecatoria los nombres de Zinoviev, Kamenev, Radek y Bujarin. Este último había sido el primero en ser rehabilitado plenamente. Al revés de Zinoviev, Kamenev y Radek, cuyas rehabilitaciones penales póstumas son seguramente el primer paso para su rehabilitación histórica, aunque posiblemente nunca sean rehabilitados políticamente (como tampoco Trotsky) por la actual dirigencia soviética, con Bujarin ha sucedido exactamente al revés y su rehabilitación política (si bien tácita) precedió a la rehabilitación penal e histórica.

Veamos primero quiénes son aquellos personajes, qué significación tiene su rehabilitación y, finalmente, sus consecuencias políticas.

Kamenev y Zinoviev

Desde que en 1917, se opusieron públicamente a la insurrección bolchevique, los nombres de Kamenev y Zinoviev aparecen siempre unidos, y tan es así que, en su testamento político, Lenin se equivocó y al hablar de la actitud de ellos en octubre, habló de la actitud de él, como si se tratase de una sola persona. Juntos entraron a formar, al lado de Stalin, la famosa troika que sucedió a Lenin y se opuso a Trotsky. Juntos buscaron unirse a los trotskistas contra el dúo Stalin-Bujarin; juntos buscaron unirse a Bujarin para contrarrestar el poder absoluto de Stalin. Juntos fueron finalmente juzgados y fusilados. Pero cada uno de ellos tenía una personalidad bastante definida y ellas eran no sólo opuestas, sino ni siquiera necesariamente complementarias. Aunque ambos eran leninistas de vieja data, Zinoviev estuvo siempre, antes de octubre, tan ligado a Lenin, que todo el mundo lo veía como su delfín. En cambio, Kamenev estaba emparentado con Trotsky. Grigor Evsevitch Zinoviev era un orador torrentoso y un incansable agitador: Deutscher habla de él como "el viejo demagogo".

Lev Borisovich Kamenev era un hombre reflexivo, con menos olfato político que Zinoviev, pero con mayor profundidad analítica y mayor cultura general. Aquel tendía al radicalismo en sus posiciones, éste a la moderación. Pese a ello, ambos se unieron para cometer el más grueso error de su vida política: no sólo se opusieron a la insurrección de octubre, sino que la denunciaron públicamente en un periódico menchevique. Esa era una delación pura y simple, el peor pecado para un revolucionario. Y es un simple signo de cómo Lenin sabía perdonar hasta los más irredimibles errores políticos, que tanto Zinoviev como Kamenev siguieran conservando después de octubre su status dirigente, y que el primero llegara a ser nada menos que presidente de la Internacional Comunista. Pero ambos quedaron definitivamente traumatizados por su error de octubre. Ello los llevó a aliarse con quien tenía en sus manos el aparato del partido, Stalin, contra Trotsky; se dejaron arrancar el control de la organización que Zinoviev tenía en Leningrado, Kamenev en Moscú, e iniciaron así la carrera que una década más tarde los llevaría no sólo al paredón, sino a su asesinato moral: se les hizo confesar todos los más terribles crímenes entre ellos su "pertenencia" a los servicios secretos alemanes y japoneses.

En cuanto a Karl Bernardovich Radek, cuyo nombre auténtico era Sobelsohn, encarnó en cierto momento no sólo el internacionalismo de los bolcheviques, sino su aspiración al triunfo simultáneo de una revolución germano-rusa. Nativo de Galitzia oriental, Polonia, posiblemente de origen judío era, por su formación, su cultura, su lengua preferida y por su militancia originaria, más alemán que ruso. Verbooso, polémico, contradictorio. era detestado a la vez por la derecha (y el centro) de la socialdemocracia alemana, y por Rosa Luxemburgo, que lo consideraba un aventurero y poco menos que un estafador. Con la revolución, escogió definitivamente el Partido Bolchevique y, por supuesto, la nacionalidad rusa. Participó en las deliberaciones de Brest-Litovsk: al bajarse del tren, ante la indignación de los oficiales prusianos, se dedicó a repartir octavillas de propaganda comunista entre los soldados alemanes. Después de una militancia tormentosa, que entre otras cosas le llevó a participar en la dirección del Comintern y a desencadenar una intentona de revolución en Alemania, finalmente se plegó a Stalin, lo cual no le impidió caer él también en los procesos de Moscú, de donde salió con una condena relativamente leve (diez años). No se sabe exactamente cómo y cuándo murió, aunque se sospecha que lo liquidaron en 1940.

"El niño mimado"

La rehabilitación de Bujarin se facilita por su propia personalidad. En primer lugar, como lo dijera Lenin en su testamento, durante muchos años fue "el niño mimado"

del partido, y su juventud le permitió no entrar en competencia ni en la lucha por el poder de Lenin, ni con Trotsky y ni siquiera con la troika Stalin-Zinoviev-Kamenev. En segundo lugar, durante mucho tiempo también se le consideró como el más grande teórico del partido y, en verdad, sólo Lenin lo superaba en autoridad reconocida. Sus aportes teóricos tal vez fuesen mucho más profundos que los de Trotsky quien, por una parte, parecía estar teorizando sobre abstracciones, y cuya audiencia, por la otra, se debía a que era "La Pluma", como lo llamaba Lenin: cualquier cosa que dijese estaba tan bien dicha, que podía pasar, por mucho que tuviese poca solidez. En tercer lugar, Bujarin - y no Stalin, como lo pretendió luego su propaganda - fue el verdadero compañero de los últimos días de Lenin; el único, fuera de la Krupskaja, con quien se permitía hablar de política pese a la rigurosa prohibición de los médicos. Bujarin recibió de labios del propio Lenin su testamento político; si alguien podía considerarse su heredero, era él. Es más, Lenin, en una carta al gobierno alemán donde solicitaba una visa para que su joven camarada pudiese ir a un sanatorio de ese país, recordaba que no tenía hijos, pero que lo más cercano que había conocido como tal era Bujarin. En cuarto lugar, Bujarin fue el ídolo de la juventud soviética: los konsomoles lo imitaban hasta en la manera de vestirse, y se hizo casi una moda usar una gorra "a la Bujarin".

Hay un hecho que merece agregarse: Bujarin, ante el tribunal, se negó a autoacusarse de "espía alemán" y de asesino, y supo morir con dignidad.

Last but not least, y esto siempre tiene importancia en tierra rusa, mientras que Kamenev (Rosenfeld), Zinoviev (Radomilski) y Trotsky (Bronstein) eran judíos, Bujarin no lo era.

Antes de entrar al análisis del significado de la rehabilitación de Bujarin, conviene decir algo sobre las que tuvieron lugar en la era de Jruschov y sus consecuencias que llevaron al "frenazo" de Brejnev. Hay que decir por una parte que lo actuado por Jruschov a partir del XX Congreso del PC de la URSS tuvo como marco tanto una áspera lucha por el poder, como la desintegración del imperio de Stalin, y el cisma y los intentos reformistas y centrífugos de la iglesia estaliniana. Cada una de aquellas cosas merece un tratamiento aparte.

La denuncia de los crímenes de Stalin provocó, como es normal, una reacción entre la gente que seguía fiel, más que a un caudillo (cuyos últimos momentos estuvieron visitados por un delirio paranoico que ponía en peligro la vida de todo el mundo), a lo que se podría considerar una sucesión de tipo apostólico. El momento más peligroso será la conjura de "los cuatro": Molotov, Malenkov, Kaganovich y Shepí-

lov, que Jruschov vencerá en 1957, para más tarde proceder a un acto tremendamente simbólico: sacar la momia de Stalin del mausoleo que compartía con Lenin, y hacerla incinerar. A partir de entonces, Stalin yace en una simple tumba como "eminente bolchevique" junto a otros héroes de partido enterrados en una orilla del Kremlin.

Pero las consecuencias más profundas, duraderas y peligrosas de la denuncia del "Culto" y de los crímenes de Stalin, tuvieron lugar en la periferia del imperio soviético. En Hungría, a un héroe del partido que había sido ahorcado y asesinado moralmente, como a los condenados de Moscú, Lazslo Rajk, no sólo se le rehabilitó, sino que se le hicieron exequias nacionales. Pero los muertos no llegan al poder. En apariencia, podía resultar más peligrosa la evolución de los sucesos en Polonia. Allí se sacó de la cárcel, se rehabilitó y luego se encargó del gobierno a un antiguo condenado, Wladyslaw Gomulka.

Todo eso era infinitamente más de lo que el ala más conservadora y, stricto sensu, más reaccionaria del partido, podía soportar. Cuando el proceso húngaro pareció irsele de las manos, Jruschov mandó sus tropas a sofocar la rebelión.

Los sucesos de Hungría y de Polonia tuvieron una consecuencia inmediata, y fue que quien aparecía hasta el momento como la corriente más abierta y esclarecida del comunismo, la china con sus "cien flores", reaccionó como siempre reacciona el poder. No solamente apoyando la acción militar soviética contra las tendencias centrifugas, sino alejándose progresivamente de la idea de un movimiento comunista internacional dirigido desde Moscú. Por supuesto, muchas cosas confluyeron, pero se puede decir que la rebelión de los antiguos satélites, y el cisma chino-soviético, fueron una consecuencia directa de la denuncia del estalinismo por Jruschov, y de las rehabilitaciones. Jruschov mismo fue derrocado en 1964, pasando a un retiro donde murió apaciblemente varios años después. Algo había cambiado: Jruschov no murió fusilado, sino jubilado.

Luego del endurecimiento brejneviano, viene ahora un nuevo deshielo, con Mijail Gorbachov. Este parece dispuesto a ir más lejos, si bien más ordenada y cautelosamente que su predecesor Jruschov. El primero de sus rehabilitados es así, no una figura secundaria del estalinismo, sino una de las luminarias del partido y de la revolución. Pero esa rehabilitación va mucho más allá de lo simplemente penal. La había precedido una sorprendente, si bien tácita, rehabilitación política. Pero ella no es por eso inconsciente: Gorbachov parece saber de que cosa está tratando, y cuál es el precedente teórico de su actual política.

Bujarin, predecesor de Gorbachov

Esto no tiene nada de especulación. En la página 26 de la edición norteamericana de su *Perestroika* (Harper and Row, 1987), Gorbachov escribe lo siguiente:

"Hoy tenemos una mejor comprensión de los últimos trabajos de Lenin, los cuales fueron en esencia su testamento político, y comprendemos más claramente por qué aparecieron esos trabajos. Gravemente enfermo, Lenin se sentía profundamente inquieto por el futuro del socialismo. Perciba los peligros que acechaban el nuevo sistema. Nosotros, también, comprendemos esa inquietud. El veía que el socialismo estaba encontrando graves problemas y que debía enfrentar una buena parte de lo que la revolución burguesa había dejado incumplido. De allí el empleo de métodos que no parecen intrínsecos al socialismo mismo, o que, por lo menos, divergen en varios aspectos de las nociones clásicas generalmente aceptadas del desarrollo socialista".

Que nuestros lectores nos perdonen la cita tan larga, pero vale la pena. Al inicio de ella, hay lo que pareciera ser el argumento de autoridad tan corriente en la retórica soviética: Lenin lo dijo, ergo es cierto. Pero aquí Gorbachov introduce una pequeña variante: para él lo importante son "los últimos" trabajos de Lenin, los que forman "su testamento político" esencial.

Y allí está toda la diferencia. ¿Cuáles son esos "últimos trabajos" de Lenin, y por qué citarlos contiene una reivindicación implícita de Bujarin? Es lo que veremos ahora.

Se trata de cinco artículos cortos, que el líder del bolchevismo publicó entre el 4 de enero y el 2 de marzo de 1913: "Páginas de un diario", "Sobre la cooperación", "Nuestra revolución"; "Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina", "Menos, pero mejor".

Estos no son lo que se llama textos teóricos: tratan sobre asuntos muy concretos de la realidad de la administración y de la política soviéticas, en particular la política económica. El primero de ellos es casi fundamentalmente descriptivo: Lenin trata de hacer hablar a las cifras, antes que proponerse una larga disertación de tipo académico. Y esas cifras son muy simples: apenas tres de cada diez personas en Rusia saben leer y escribir, y esa situación prácticamente no ha variado entre 1897 y 1920. Era lo que Lenin llamaba "incultura semiasiática". El segundo artículo trata sobre las cooperativas, que ahora Lenin veía como la plataforma de lanzamiento del so-

cialismo: hay aquí un cambio radical: Lenin antes las consideraba (como en general los marxistas), entidades capitalistas o, en el mejor de los casos, ensoñaciones, quimeras. Por otra parte, Lenin está hablando de las cooperativas de consumo y no (como los estalinistas lo pretendieron luego) de cooperativas de producción. El tercer artículo reafirma el carácter voluntarista de la revolución bolchevique: no se limitó su partido a esperar que las "condiciones objetivas" materiales madurasen para implantar el socialismo, sino que pusieron, como se debe, los bueyes delante de la carrera, e hicieron primero la revolución política, la toma del poder. El mensaje implícito en este artículo es que Rusia no iba a esperar la revolución en Occidente para avanzar hacia la sociedad socialista. El cuarto artículo es, aparentemente, el más específico, el menos susceptible de dar pie para una teorización. Pero en el fondo, tal vez sea el más significativo de todos, porque Lenin busca enfrentarse al gran problema, casi, al problema ruso por excelencia: la enorme dificultad que existe en lograr la más pequeña reforma del pesado aparato burocrático de la administración rusa. No específicamente soviética, sino tradicionalmente rusa. El último de los artículos también se refiere a eso, pero es el único de los cinco que plantea la interrelación entre la situación soviética y la política internacional. Pero no orientada hacia Europa, sino hacia "el Oriente": China e India.

Más que esos textos en sí mismos, lo interesante fue la lectura que de ellos hizo Bujarin. Y, a medio siglo de distancia, la lectura que está haciendo Gorbachov, la que hace no muy aventurado hablar del gorbachovismo como de un nuevo bujarinismo.

En primer lugar, el principio general que impregna el pensamiento del "último Lenin" es que en su República soviética, el régimen social se funda sobre la colaboración de dos clases: los obreros y los campesinos, "colaboración en la cual son admitidos actualmente en ciertas condiciones, los nepman, es decir, la burguesía". Esto quería decir, para Bujarin, que Lenin ya no estaba viendo la NEP como un paso atrás y, sobre todo, la colaboración de los campesinos no como algo simplemente coincidente y destinado a desaparecer en provecho de la dictadura del proletariado urbano, sino como la base de la sociedad soviética, y más allá de ella, de la futura sociedad socialista.

Pero lo más interesante de este planteamiento, y lo que parece presidir los actuales desarrollos de Gorbachov en materia de economía, es la idea de que la unión (smychka) duradera entre el proletariado y el campesinado, o sea, entre la industria y la agricultura, se puede hacer a través del mercado. Y se supone, de un mercado libre, dejando la rienda suelta a la iniciativa privada (de los campesinos, por

ser, entre otras cosas, la mayoría aplastante de la población en aquel momento). Eso no se haría sobre la base de la imposición autoritaria (requisas de renglones agrícolas durante el comunismo de guerra, colectivización forzosa durante el estalinismo), sino a través del consenso. Es lo que Bujarin, en su obra teórica sobre el materialismo histórico, llamaba el "establecimiento del equilibrio sobre nuevas bases". Para el Lenin de la agonía, como para Bujarin y para Gorbachov, la sociedad soviética debe abandonar el terreno conflictual para entrar en el terreno consensual.

El artículo sobre las cooperativas es uno de los más interesantes, porque Lenin abandona no solamente una vieja tradición - tanto de los marxistas como de los leninistas - e incluso suya, reafirmada aun en su folleto sobre la defensa de la NEP (el famoso Impuesto en Especie), sino también un viejo prejuicio contra los comerciantes, presente no sólo en el pensamiento socialista, sino entre los intelectuales y los obreros, que tienden a ver en el mercader un parásito. En primer lugar, Lenin deja de ver las cooperativas (se debe insistir: de consumo) como "islas" de capitalismo, para considerarlas como un océano de socialismo. Y, por otra parte, Lenin exalta allí a quienes son capaces de comerciar a la manera europea, no a la manera asiática. Es decir, que hace entrar en su esquema de sociedad socialista, al mercader privado, pero moderno, europeo, no el vendealfombras asiático.

Pero quién sabe si lo más importante y significativo, dentro del bujarino-gorbachovismo, sea el artículo que Lenin escribió sobre la reorganización de la Inspección Obrera y Campesina (Rabkrim). Hoy cuesta leer este artículo si no se tiene un buen conocimiento de la situación soviética en esa fecha (marzo de 1923). Para el lector desprevenido, se trata de algunas proposiciones concretas para hacer más operativo uno de tantos organismos dentro del ya pesado aparato administrativo del Estado y del partido: el Rabkrim. Pero en verdad, el artículo de Lenin refleja algo mucho más importante, inherente a la sociedad que dirigía: se trata de la búsqueda de una (o unas) formas de controlar y agilizar la burocracia soviética. Pero, por encima de todo eso hay en el fondo de este trabajo de Lenin, un angustiado planteamiento sobre las terribles resistencias a que se enfrenta todo aquel que intente reformar, agilizar el aparato del Estado, porque, lo dice en su último artículo: "En toda la esfera de las relaciones sociales, económicas y políticas somos 'terriblemente' revolucionarios. Pero en lo que concierne a la jerarquía, al respeto de las formas y de los usos de los procedimientos administrativos, nuestro 'revolucionarismo' cede constantemente el lugar al espíritu de rutina más enmohecido". Ese párrafo lo remataba Lenin con lo que él llamaba "un fenómeno del más alto interés, a saber que en la vida social el más prodigioso salto adelante se alía frecuentemente con

una monstruosa indecisión frente a los menores cambios" (...) "Se ve coexistir aquí la audacia en las construcciones de orden general y una timidez sorprendente frente a la más insignificante de las reformas administrativas".

De todo lo anterior, Bujarin extraía una serie de conclusiones que, durante un buen tiempo, le ganaron la detestación de la izquierda del partido, y sobre todo de Trotsky. En primer lugar, al hablar de la unión o smychka entre el proletariado urbano y el campesinado como la base del socialismo soviético, Bujarin veía a esta última clase como un todo más o menos homogéneo, y no como un conjunto de clases, como acostumbraban hacerlo los marxistas. En segundo lugar, Bujarin veía ya venir el peligro de un Super-Estado, un horroroso Leviatán socialista, y se oponía por lo tanto, no sólo a la irracionalidad del supercontrol estatal de incluso los millones de explotaciones campesinas, sino que señalaba una posibilidad, una vía para oponerse a ella, para transformar y profundizar la democracia soviética: la creación de centenares y miles de sociedades voluntarias, grandes y pequeñas, en rápida expansión; círculos y asociaciones opuestas a la estatización. Ni más ni menos que la solución espontánea que, un siglo antes, había visto Tocqueville en la sociedad democrática norteamericana.

Enfrentándose en esto con la izquierda del partido (Trotsky, en primer lugar), la pesadilla de Bujarin era una sociedad socialista cuya industrialización se financiase gracias a una "acumulación primitiva" sobre los hombros del campesinado, explotando al campesino. Por lo tanto, Bujarin se oponía a la colectivización forzosa, la que Stalin impuso con crueldad asiática a partir de 1929. Antes que una industrialización acelerada, que implicase mayores sufrimientos para el pueblo ruso (lo que él llamaba "Plan Gengis Khan"), Bujarin proponía construir el socialismo "a paso de caracol".

Pero en general, y como remate, la palabra clave en Bujarin es "conciliación". Es decir, como se dijo más arriba, que la sociedad soviética debe, bajo la dirección del partido (esto es fundamental), dejar de ser conflictiva para hacerse consensual: la "paz civil" debe sustituir a la "contienda civil".

Ahora, perestroika

Es relativamente fácil ver cuáles de esos planteamientos se encuentran imbricados en la proposición de la perestroika. Por una parte, y posiblemente sea lo más importante de todo, Gorbachov, como Bujarin, propone una política que no signifique nuevos y quizás mayores sacrificios para la población soviética, sino una política

basada en el apoyo de toda la población, que no puede menos de seguir una proposición que, de entrada, tenga como meta, e incluso resultado, a un plazo bastante corto, el mejoramiento de su nivel de vida.

En segundo lugar, la relación entre la agricultura y la industria (o en términos de clase, entre obreros y campesinos), debe hacerse a través del mercado. Por supuesto que la propaganda de los "sombrereros locos" del capitalismo hablará del fracaso de la economía planificada, y el regreso de los rusos a la panacea del "libre mercado". Curiosamente, los sectores más recalcitrantemente estalinistas que se oponen a Gorbachov, deben estar empleando el mismo tono: se trata de una "traición" a los principios del socialismo. Si Gorbachov no propone una economía de mercado, no es sólo por fidelidad a los mitos del socialismo, sino por otra razón mucho más poderosa y pragmática: esa fulana "economía de mercado" no existe hoy en ninguna parte del mundo y, posiblemente, nunca existió de verdad más que en algunos manuales clásicos. De todos modos, Gorbachov insiste en que no se trata de socialismo de mercado", sino de "mercado socialista".

Los artículos de Lenin referidos a la reorganización de la Rabkrim contienen una ayuda preciosa para Gorbachov, porque le permiten referirse constantemente a un texto sagrado para explicar los alcances de la reestructuración de la pesada burocracia soviética y, a la vez, referirse a las resistencias que eso encuentra en la sociedad, la misma que habían encontrado en su tiempo las proposiciones de Lenin. Cuando vea que sus proposiciones, que podría calificar como Lenin, de una audacia sorprendente", encuentran esa normal resistencia al cambio que toda sociedad presenta, podrá repetir lo que Lenin escribió en su último artículo: "...nuestra vida presente reúne en ella, y de manera impresionante, rasgos de una audacia sorprendente y una indecisión del pensamiento frente a los cambios más insignificantes".

Aquí también, Gorbachov puede buscar en el pensamiento de Bujarin una cierta inspiración. Para enfrentar el pesado aparato del Estado, Bujarin proponía la vigorización de la sociedad civil, a través de esas asociaciones caras a Tocqueville. Gorbachov parece dispuesto a intentarlo, revitalizando lo que está en la base de la revolución de 1917, y que posteriormente se convirtieron en organismos puramente formales: los soviets.

Que nadie se ilusione: por muy lejos que llegue Gorbachov, por mucho que su perestroika amplíe la democracia soviética hasta extremos hoy no conocidos, no es previsible que deje constituir otro partido para desafiar el monopolio del Partido Comunista. Por lo demás, es muy posible que la propia sociedad soviética no lo re-

clame, aunque pueda haber mayor tolerancia hacia la disidencia. Pero la clave de la sinceridad democrática de Gorbachov esta en la forma y la profundidad que adquiriera en los hechos esa vigorización de los soviets.

Hay, finalmente, un aspecto histórico en la rehabilitación de Nicolai Bujarin por Mijail Serguéievitch Gorbachov. Para Gorbachov es cómodo rehabilitar a Bujarin, porque le evita una larga, penosa, peligrosa y muy posible estéril polémica sobre el significado en la historia de la revolución, de la oposición entre Trotsky y Stalin. Porque Trotsky lo resolvió con su ceguera característica, cuando pronunció en 1929 aquella frase que haría luego tan fácil que terminase con un pico de alpinista enterrado en el cráneo: "Con Stalin contra Bujarin, tal vez. Con Bujarin contra Stalin, jamás".

Una rectificación en profundidad

Este aspecto, que hemos llamado histórico, es de la mayor importancia dentro del proceso de la perestroika, porque aquí se encuentra el lazo tal vez más importante entre aquella y la glasnost. Porque la reforma que propone Gorbachov no es la única propuesta en los últimos años, y algunas de las que le precedieron estaban bastante bien concebidas desde el punto de vista teórico. En los últimos treinta años, esas reformas han sido seis, comenzando por la de Jruschov y terminando por la de Gorbachov. Pero todas, con excepción de la última, han sido reformas económicas. Gorbachov es el primero en haber comprendido que esas reformas suyas, como todas las anteriores, estaban destinadas al fracaso o cuando menos al estancamiento, si no estaban acompañadas de una reforma política que pudiese arrastrar en su apoyo al conjunto de la sociedad soviética. Es así como en la XIX Conferencia del PCUS se dijeron ante las cámaras de TV cosas que - según comentó al Time un destacado artista soviético - semanas antes nadie se habría atrevido a decir por teléfono.

Dentro de esto, juega un papel fundamental el reencuentro de los soviéticos con su memoria colectiva. Por dos razones. Una más general, y es la importancia del conocimiento de la historia real en cualquier proyecto político de importancia. Nada muy sólido puede ser construido sobre la base de una acumulación de mentiras a través de los años, y siguiendo el capricho de los dirigentes políticos, que quieren reescribir la historia haciéndola la sirvienta de sus pequeñas manipulaciones tácticas. Por otra parte, y esto es la segunda razón, la ideología oficial soviética se basa en un historicismo: sus dirigentes están seguros de estar interpretando, y obedeciendo, las corrientes profundas de la historia. Un dirigente moderno de un país

moderno (no de una población "de incultura semiasiática") tiene que saber que no puede llamarse "historia" a esa colección de "historias edificantes" para catecúmenos que ha sido la historiografía soviética desde Stalin hasta ahora.

Es por eso que, aunque no lo parezca, uno de los hombres más importantes de la perestroika es Yuri Afanasiev. Su cargo es, en apariencia, políticamente poco importante: es el director de los Archivos Históricos de la URSS. Afanasiev no ha aceptado ni comprendido ese cargo como una simple dignidad académica. No solamente es uno de los partidarios más fervorosos de la perestroika (y sobre todo de la glasnost), sino que se ha destacado en su lucha contra el ala conservadora del partido. Aunque ésta había logrado excluirlo de la XIX Conferencia, no se sabe cómo logró hacerse elegir y participar activamente en ella. Por otra parte, como lo ha dicho muy claramente a la prensa europea, el criterio de la sinceridad de la perestroika (reestructuración) es la glasnost (transparencia) y ésta última pasa por la revisión de la historia de la revolución, y la apertura de los archivos soviéticos.

En el fondo de todo esto está el redimensionamiento de la figura de Stalin y de su tiempo. Es indudable que Stalin promovió a partir de 1929 una de las más profundas revoluciones de la historia. Pero eso no es de por sí un elogio. Hitler hizo otro tanto en Alemania, a partir de 1933.

Hay una cifra que mencionábamos más arriba, esa del 70 por ciento de los miembros del Comité Central electos en 1934, fusilados luego por Stalin. Conviene aclarar algo más: en ese congreso, ya Stalin tenía pleno dominio del partido y de todas sus instancias. De modo que los fusilados no eran enemigos y, posiblemente, ni siquiera adversarios de Stalin: eran sus amigos, sus partidarios, algunos de ellos fervorosos y fanáticos. Sin embargo, compartieron la suerte de Bujarin, ejecutado en mayo de 1938. Y en un número tal, que el subdirector general de la propia agencia TASS, Anatoli Krasikov, llegó a estampar, medio siglo más tarde, el 16 de julio de 1988, en una carta pública a la revista Ogoniok de Moscú, una frase que hasta los más abiertos adversarios del stalinismo dudarían escribir en otras latitudes, por temor a ser considerados demasiado imaginativos o rencorosos, o simplemente exagerados: que Iosif Visarionovitch Stalin "mató más comunistas que Hitler, Mussolini, Franco o Salazar en sus respectivos países..."

Pero, más allá de todo lo anterior, podría decirse que hay otro elemento profundamente significativo. Lo que el informe secreto de Nikita Jruschov reveló es la absoluta alergia de Stalin a todo contacto con el colectivo, con el partido. Luego de comenzada la invasión alemana, convocó a una sesión del Comité Central del Partido

Comunista, pero, dice Jruschov en su discurso, "los miembros del CC esperaron durante dos días la apertura del pleno, pero en vano. Stalin no quiso ni encontrar a los miembros del Comité Central, ni hablarles. Ese hecho muestra con qué arrogancia y con qué desprecio trataba Stalin a los miembros del Comité Central. Prácticamente, Stalin ignoraba las reglas de la vida del partido y pisoteaba el principio leninista de la dirección colectiva".

Hasta ahora, eso ha sido señalado por la dirigencia soviética como una actitud "antipartido". ¿Qué quiere decir eso? En la URSS no quiere decir sino una cosa: actitud anti-Partido Comunista. Lo que Stalin rechazaba no era tanto la entidad llamada partido, como su carácter colectivo, la posibilidad de que una política pudiese discutirse colectivamente, en lugar de ser decidida y puesta en práctica por él solo. Por lo tanto, lo que el eufemismo soviético llama actitud "antipartido" de Stalin, era en verdad una actitud "anticomunista". Lo que tuvo lugar en la URSS, entonces, a partir de 1929 no fue una revolución comunista, sino una pavorosa contrarrevolución anticomunista. Al lado de esto, la acusación que se le hizo a Bujarin de ser "socialdemócrata" es, incluso desde el punto de vista de quienes lo hacían, un pecado venial.

Hoy, Gorbachov deja claro ante la XIX Conferencia del PCUS que éste no abandonará su papel de partido dirigente en el país, sino por el contrario, lo reanimará. Esto no pasará de ser una declaración general de principios, y casi seguramente un voto pío, si no se le sitúa en la perspectiva que señalábamos más arriba: para que la reforma de la sociedad soviética sea real y no puramente formal, debe ahora gobernar de veras el comunismo, en el sentido que esta última palabra tiene de apelación al poder decisorio de las masas, del colectivo, del común, o sea, de la democracia, en el sentido que tuvo en tiempos de Marx, y no con el que le dieron tanto Lenin, como Trotsky y Stalin, el de la dictadura de un partido.

Y que en el último de los casos llegó a ser no sólo la dictadura de un hombre, sino de alguien - en el fondo - ferozmente anticomunista.

En este sentido, la reivindicación póstuma de Bujarin, más que una corrección académica del pasado, podría servir para cerrar la puerta a futuros intentos de decidir los destinos de millones de seres humanos por la voluntad o los caprichos individuales de uno u otro líder, por bien intencionado que esté, incluyendo, por supuesto, a Gorbachov.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 97 Septiembre- Octubre de 1988, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.